

PAUL BRAVO

El rugido del león

EL GUARDIÁN LITERARIO

PAUL BRAVO

El rugido del león



EL GUARDIÁN LITERARIO

León Romagnello se despertó esa mañana como tantísimas mañanas, rodeado de las mismas paredes del departamento de Constitución; la cama de dos plazas que ocupaba solo desde hacía ya bastante tiempo; la mesa gris cuadrada; las dos viejas sillas; el escritorio con la notebook y los parlantes; la ventana por la que subían las eternas frenadas y aceleradas de los colectivos; y el living ficticio que creó con un sillón naranja que había comprado usado y un cajón de manzanas que oficiaba de mesa ratona, pintado con sintético marrón mate. Una mañana más, tan descolorida y rutinaria como cualquier otra. Estiró los brazos hacia el techo como siempre. Se lavó la cara como siempre. Sintió la frescura del agua espabilarlo como siempre. Evitó mirarse al espejo como siempre. Se vistió como siempre. Tomó un par de mates como siempre. Y se fue a su trabajo en el colectivo 12, como en los últimos siete años, desde que trabajaba en la editorial. Sin embargo —Romagnello no tenía forma de saberlo—, esa mañana tomaría una decisión que cambiaría el curso de su vida. Debía escribir una novela. Una

novela fabulosa, brillante, original, que lo convirtiera en escritor, que lo catapultara a una vida diferente.

Lo supo en la oficina, mientras imprimía el borrador de su primer libro de poesía. Fue como un instante de iluminación, de clarividencia, de profunda certeza, como cuando nos atraviesa uno de esos pensamientos que conciben decisiones importantes. Algo se activa dentro de uno. Le empezaba a revolotear en el interior una convicción que incitaba a desplegar las alas y saltar al vacío. Siempre pensó que, si alguna vez publicaba un libro, sería de cuentos. Se equivocaba. En el último tiempo, la poesía se había convertido en un remedio para el hastío y la soledad, como el cauce de un río torrencioso donde arrojar la frustración y la impotencia acumuladas por años tan dentro de él que ya había perdido la noción de sentirla. Como esos cachivaches que se guardan en algún oscuro armario hasta que se olvidan.

La poesía, inesperada y bendita, lo calmó, le brindó autosatisfacción, le suavizó el alma. Y, a la vez, le dio un nuevo sentido. La prolifera producción poética engendró la idea del libro, algo que no se había planteado seriamente hasta ese momento. Tal vez porque era un deseo perdido en la negrura del abismo de su monótona vida.

Romagnello soñaba con ser escritor. Pero el sueño le resultaba tan pesado, tan desafiante —para él, que no tenía nadie en quien apoyarse ni nadie que creyera en él— que le parecía imposible. El proceso metabólico que vislumbró, casi sin proponérselo, fue dejar de pensar cada poema individualmente para entenderlo como

un todo: una argamasa de colores, tonos y músicas; imágenes fundidas entre sí; paisajes resignificados; juegos de palabras y significados para configurar un libro. Su primer libro de poesía. Eso lo acercaba a la posibilidad de publicar, de empezar a ser un poquito un escritor en serio y ya no un mero, triste y rutinario corrector. Y aunque no fuera a publicar en su editorial, confiaba en que ese poemario viera la luz. Tal vez se acordó demasiado tarde de animarse a publicar, pero, ciertamente, en la vida todo lleva su tiempo. Pensaba que el azar metía su mano indescifrable y que los procesos maduraban tan inconscientes como la cerveza: la actividad de la levadura producía carbonatación, purgaba las sustancias volátiles indeseables, eliminaba todos los residuos de oxígeno y reducía químicamente muchos compuestos, hasta alcanzar el sabor y el aroma esperados. Tomar un trago antes podría ser tan desagradable como leer un libro de Romagnello escrito hacía veinte años, cuando recién se animaba a escribir. Cada cosa encontraba su momento. Saber esperar y aprovecharlo oportunamente era una gran virtud. Se podía tener una gran oportunidad delante de las narices y no darse cuenta. Y, encima, a veces podía ser mejor no darse cuenta, y otras veces, sí. ¿Cómo saber cuándo era mejor y cuándo no? Ni idea. Requería un alto grado de desarrollo de la percepción, de mundana ductilidad, de versatilidad e improvisación, algo que no era precisamente una característica de Romagnello. Pero alguna nube se despejó y dio a luz un libro de poesía. Todavía le costaba creerlo. Es cierto, no

tenía aún quién lo publicara, pero estaba seguro de que eso se resolvería. Era cuestión de buscar, de mover, de levantar teléfonos y rastrear contactos, de recibir negativas y desintereses como rotundos cachetazos, de tenacidad e insistencia. Lo más difícil, la parte creativa ya la había superado. Al menos, eso creía. Sin embargo, no tenía forma de saber si era un buen libro hasta que alguien lo leyera. De lo que podía estar seguro era de que había intentado expresar muy genuinamente sus sentimientos en ese libro, de lo más pútrido e imperioso a lo más profundo y bello, desnudando sus emociones más íntimas, sus deseos y acaso sus perversiones.

Del libro de poesía a la novela, si bien no había un solo paso, tampoco debería haber una distancia imposible. Lo sabía. León Romagnello sabía que escribir *su novela* era un desafío que tarde o temprano se impondría como ineludible obligación si quería ser escritor. Y no permitiría que ese impulso vital muriera junto a los impulsos corrientes que, cotidianamente, se envían a la papelera de reciclaje del inconsciente. Solo necesitaba una idea. Y lanzarse a escribir. ¿O una novela implicaba algo mucho más complejo y enmarañado? Una historia, sus protagonistas, la construcción de los personajes, su psicología, diálogos, trama, desenlace. ¿Tendría semejante capacidad narrativa? Lo asaltaban enormes dudas. Y también un crudo miedo al fracaso. A no poder. A no lograrlo. El libro de poesía lo motivaba, pero no alcanzaba para espantar sus fantasmas. Nunca había pasado de escribir cuentos de cuatro o cinco carillas,

como mucho. ¿De dónde sacaría la constancia, la persistencia y la creatividad, necesarias para escribir unas cien o doscientas?

Escribir una novela era una tarea espinosa. ¿Por dónde empezar? ¡Cuánto tiempo llevaría! ¿Podría sostenerlo? La vida parecía demasiado corta para escribir una novela. Los días mustios se desvanecían como si se garabatearan en arena seca que un viento arremolinado borra cada mañana. Cómo sobrevivir y escribir una novela a la vez...

Aun así, cuánto más valdría la pena estar vivo si pudiera ver *su novela* en los escaparates de las grandes librerías de la calle Corrientes... o entre las manos ávidas de una estudiante en un vagón del subte..., ver su nombre impreso en la tapa...

Mientras lanzaba un suspiro, sus cavilaciones se interrumpieron de golpe, porque la hoja cuarenta y dos del borrador de su libro de poesía se atascó en la impresora. El peligro de que la Tortuga lo viera imprimiendo algo extralaboral se hizo inminente. Con manos apuradas y temblorosas, retiró la hoja que salió hecha un acordeón. La impresora retomó el trabajo. Verónica, la secretaria, lo miró con ojos cómplices o amenazantes, algo que León no supo distinguir con certeza. Era una chica joven, esbelta y atractiva, siempre reservada en un ecosistema masculino. Sabía lo que León estaba haciendo. Era evidente que el manojito de hojas que la muchacha veía salir una tras otra eran poesías, y nada tenían que ver con el trabajo de la editorial, lo cual de algún modo

la comprometía como testigo involuntario de una irregularidad. Ante un contexto de crisis económica y un presente político desfavorable, la Tortuga sentó estrictos límites respecto al uso personal de los bienes editoriales, ya sea de la impresora o del teléfono. También encomendó el ahorro riguroso de la luz, el café, la yerba y hasta del papel higiénico. Pese a ello, Romagnello asumió el riesgo de imprimir el borrador de su libro sin culpas, tomándolo como un incentivo que, por supuesto, no contaba con el aval del jefe. Una mínima compensación por el aguinaldo que jamás le pagaban debido a la precarización de su forma contractual. La editorial pertenecía a un fuerte sindicato peronista, y se dedicaba a la divulgación de textos de esa índole política. Gozó de muy buena salud en la década anterior, cuando el gobierno peronista estimulaba la publicación de esos materiales, muchas veces con subvenciones extraoficiales que no se sabía muy bien de dónde ni cómo llegaban. Eso permitió un próspero crecimiento de la producción, que fomentó un extenso catálogo de todo tipo de libros peronistas: ensayos periodísticos, históricos y hasta folletinescos. Pero la impensada derrota electoral puso fin a otra de las tantas caras del peronismo y selló un tiempo gris para la producción y la economía de la editorial.

León Romagnello era uno de los pocos empleados que no comulgaba con el peronismo, aunque tampoco se ubicaba en la opuesta vereda del antiperonismo. Era sabido que la figura de Perón y su doctrina despertaban los más ennegrecidos amores, así como los odios más

viscerales. Romagnello lo observaba como si se tratara de una suerte de River-Boca, una rivalidad que no le iba ni le venía, tanto como el fútbol. En verdad, la política le provocaba entre repulsión e indiferencia. Si le prestaba demasiada atención, en general se indignaba y acababa con una irremediable sensación de descontento. Y si bien solía mantenerse informado, trataba de hacerlo desprovisto de emociones. Pero eso no fue un impedimento para afianzarse en el *staff* de la editorial, y a él le bastaba con trabajar en un ámbito literario para verse medianamente satisfecho con su vida, al menos en el aspecto laboral. Corregir un texto era corregir un texto, no importaba cuán atractivo o insoportable le resultara. Y esa era su tarea en la editorial. Además, tuvo trabajos mucho peores, con más presiones, peor salario y completamente ajenos a lo que más le gustaba y casi lo único que sabía hacer: escribir.

Con el tiempo, se acostumbró a este trabajo, y había encontrado un divertido entretenimiento: cuando se le presentaba la ocasión, durante las correcciones, con impertinente astucia modificaba alguna palabra o el orden de alguna frase, para alterar su sentido. Lo hacía por pura satisfacción personal, aunque también le servía para matar el aburrimiento que a veces le producían algunos textos densos o mal escritos. Romagnello deformaba levemente algún significado dejando una huella imperceptible entre los cientos de hojas repletas de palabras ajenas. Hasta ese momento, nunca nadie había notado sus sutiles alteraciones. Cambiar la

palabra *preocupado* por *despreocupado*, por ejemplo, podía bastar para transformar al teniente general Juan Domingo Perón de un hombre sensible a la vida de los trabajadores en un soberbio ávido de poder que mantenía a raya a la clase obrera, la burguesía y la guerrilla revolucionaria por igual, todo bajo el manto de la unificadora promesa de un país de vacas gordas. Pero, claro, a veces la alteración podía provocar el efecto contrario y engrandecer aún más la nobleza del general. Se trataba de un juego meramente literario, desprovisto de intencionalidad política. Y en caso de que llegaran a descubrirlo, podría justificarse como un incuestionable error de tipeo.

La Tortuga, el jefe editor, se llamaba Rodolfo Santullo y era, dentro de todo, un buen jefe. Cuando León Romagnello ingresó como corrector, ya lo apodaban así. Un apodo descarado que obedecía a la reptil fisonomía del hombre, cuya cara estaba plagada de infinitas pequeñas arrugas por un defecto congénito. Un ancho puente unía las dos cavernas de sus fosas nasales. Una leve joroba complementaba la figura, y los movimientos cansinos la ratificaban. A simple vista, parecía una tortuga vertical, como esos dibujos animados de la tortuga Manuelita en los videos de la canción de María Elena Walsh.

Santullo la Tortuga era considerado y comprensivo con las cuestiones personales de los empleados, pero firme y severo con todo lo que se refería al trabajo. Se podría decir que ejercía un buen liderazgo, manteniendo a la tropa motivada con muy pocos recursos. Un poco de

libertad y comprensión podían ser más estimulantes que un par de billetes más a fin de mes. Esa filosofía lo había convertido en un tipo respetable.

Romagnello sabía que la impresión de ochenta y dos páginas de su poesía sería, ante todo, una ofensa para la Tortuga. Una falta más grave aun que las infames distorsiones que ocasionaba en los textos. Pero deseaba mantener en secreto su proyecto poético. Prefería evitar la posibilidad de despertar envidias, soportar críticas o tener que andar dando explicaciones. Podría haber evitado riesgos pagando una impresión fuera de allí, pero Romagnello era bastante ahorrativo y, si podía evitar un gasto, su propia naturaleza lo llevaba a actuar casi por instinto, aunque ello implicara correr algún riesgo. Por otro lado, tomar algún riesgo, por mínimo que fuera, no venía mal para una vida falta de acción como la suya. Sin embargo, no se caracterizaba por tener sangre fría a la hora de caminar por alguna cornisa, y la impaciencia crecía como una sombra siniestra mientras las hojas de resma se amontonaban tibias en la impresora. Los segundos se volvían de piedra. Los ojos de León se clavaron ansiosos en la máquina que tragaba hojas con mecánica torpeza y las escupía rugiendo cada palabra impresa.

Finalmente, el proceso llegó a su fin y la impresora trajo alivio con su silencio. Por suerte, la Tortuga no apareció en medio. Solo quedó un cabo suelto. La taciturna secretaria que, en virtud de la nueva política de ajuste, también hacía las veces de administrativa, recepcionista y cadete. León le guiñó un ojo antes de volver a

su escritorio y guardar la pila de hojas en un sobre. La encantadora joven se limitó a asentir.

Su primer borrador del libro de poesía estaba listo para anillar y que alguien lo leyera. ¿Quién? Ese era otro tema. Necesitaba una opinión. Alguien que no estuviera familiarizado con su forma de escribir. Aunque no conocía a nadie que lo estuviera porque a nadie le mostraba lo que escribía. Alguien cercano, pero que fuera objetivo. Lito no sabía de poesía y no sería una opinión representativa. Estrella conocía demasiado de literatura y podría ser excesivamente crítica. ¿Quién más podría ser?

Mientras, la Tortuga colgó el teléfono y mandó a imprimir un documento.

—¿Qué pasa que no sale? ¿Hay hojas?—gritó desde su oficina.

Verónica se apuró a meter mano y reiniciar la impresora.

—No sale nada, no imprime —le avisó con voz temblorosa. La Tortuga chasqueó la lengua.

—Lo único que falta es que se rompa la impresora —suspiró el jefe de mala gana. León se hundió en la silla. Verónica le lanzó una mirada acusatoria. «La vida útil de la unidad de imagen ha caducado», avisaba un cartel en la pantalla.

—¿Otra vez? Pero si la cambiamos el año pasado —se enfureció Santullo.

León leyó los labios de Verónica que le susurraron:

—La mataste.

La impresora no quiso imprimir una hoja más luego de la página ochenta y dos de su obra. Se atragantó con la poética de León Romagnello y murió. ¡Qué imagen simbólica! ¿Sería algún tipo de premonición positiva? ¿O exactamente todo lo contrario? Imposible saberlo.

Por la tarde, al finalizar la jornada, León subió al ascensor con la emoción de llevar como un tesoro la copia de su obra en el morral, su pequeño primer hijo, pensando dónde llevarla a anillar. Antes de que se cerrara la puerta, entró Verónica. Quedaron solos para bajar los siete pisos hasta la planta baja. Se sonrieron en silencio. Fue ella quien rompió las barreras universales de la desconfianza.

—¿Eso qué imprimiste es tuyo?

—Y... si lo imprimí, es mío, ¿no? —contestó Romagnello a la defensiva.

—Digo si es tuyo, si lo escribiste vos. ¿Son poesías, no?

—Parece que no se te escapó detalle. ¿Vas a salir de testigo del asesinato?

Verónica sonrió con complicidad.

—Si son tuyas, me gustaría leerte.

—¿A mí?

—No, a vos no, a tus poesías.

La voz del ascensor anunció la planta baja y salieron callados, sin saber del todo si caminar juntos o separados, como si evitaran prolongar la charla más allá de la mágica intimidad que el breve viaje había creado. En la puerta él le preguntó:

—¿Vas para allá?

—No, para allá. —Y se despidieron con un beso.

Un cosquilleo recorrió el cuerpo de Romagnello. Mirá si el libro de poesía ya empezaba a dar sus frutos. ¿Correrá para los escritores la misma suerte con las mujeres que tienen los músicos, los deportistas famosos o los millonarios? ¿Se volverá un tipo más atractivo, más deseable para el género femenino, con un libro publicado? ¿Será un impensado remedio para su inmensa soledad?

El atardecer lo vio bajar del colectivo en el barrio de Constitución, donde alquilaba ese monoambiente medio descuidado pero barato, amplio y luminoso. Lo que ahorra por vivir en un barrio menospreciado le permitía no pasar sobresaltos, gastar en lo que le gustaba gastar (principalmente cerveza, libros y discos) y darse alguno que otro gusto cada tanto, como cenar en un buen lugar, ir al cine o al teatro. Esa vida austera y a la vez sustentable, económicamente equilibrada y previsible le brindaba la tranquilidad de no depender de nadie, sobre todo del padre.

Los últimos destellos de luz desbarataron el azul del cielo y se expandieron en vivos rojos, violetas y lilas, más allá de los árboles desguarnecidos y las marañas de cables que se extendían desprolijas por toda la cuadra, como vestigios de telarañas. La humedad otoñal lo empañaba todo. Las travestis en la esquina se agitaban jocosas e inquietas, lanzaban gritos histéricos y risotadas, miraban provocativas hacia las ventanillas de los autos, incitaban a taxistas y motoqueros, buscando captar clientes. Los consumidores de paco iban y venían con sus cuerpitos enflaquecidos y sus repentinos movimientos de pájaro.

En las sombras chispeaban los encendedores que le daban alas al delirio. León se hacía invisible en ese paisaje que ya era tan cotidiano mientras caminaba por la calle que llevaba el mismo nombre del barrio: Constitución. El barrio que en el último tiempo se había plagado de cultura dominicana, debido a la gran cantidad de inmigrantes llegados de ese país. Peluquerías, kioscos, casas de comida y puticlubs habían proliferado como por arte de magia, y todos eran emprendimientos de esa gente proveniente de la República Dominicana, que, evidentemente, encontraba en las marginales calles de Constitución una realidad menos cruda que la de sus tierras.

León se dirigió a la verdulería de los bolivianos, que a esta altura ya no disimulaban su desprecio por los dominicanos, y compró verduras para una ensalada y algunas frutas. Luego entró al supermercado chino y complementó el menú con cerveza y galletitas de agua. Cuando salió del chino, la noche ya había depuesto al atardecer y las luces brillaban tenues. Una travesti rubia le chistó con una sonrisa. León respondió con otra sonrisa y bajó la mirada. Era la única que lo atraía de todas las que se ganaban el sustento en la esquina de su casa. Voluptuosa pero no exageradamente, vestía atractiva y evitaba las prendas chabacanas que caracterizaban al resto de sus colegas. El cabello rubio le caía salvaje sobre los hombros, mientras contorneaba una figura envidiable para cualquier mujer, excitante para cualquier hombre. Unos ojos de claro verdor le daban un toque felino. Romagnello las tenía identificadas ya, algunas lo

saludaban, casi siempre le decían cosas y se le insinuaban. Pero la rubia se destacaba.

Cenó temprano haciendo *zapping* entre diversos canales de noticias que trataban el mismo tema político del día con más o menos amarillismo y más o menos oficialismo, pero todos carentes de creatividad o visión crítica. No bien terminó de cenar, se sentó frente a la hoja de Word en blanco con la idea de comenzar a escribir *su novela*, pero solo escribió *La idea* como título. No tenía, en verdad, ninguna idea.

Esperó un rato a ver si la inspiración se presentaba. Pensó en la bella y silenciosa secretaria Verónica y su intención de leer sus poesías. Tal vez podría ser la persona indicada para darle una primera impresión. Era joven, bastante culta, inteligente y no sabía casi nada de su vida. Agarró la segunda cerveza. Abrió el explorador de Google y revisó el correo. Luego buscó la página web del periódico y se puso a leer noticias que le llamaran la atención.

Una adolescente de quince años se pegó un tiro en la cabeza en plena clase en un prestigioso colegio estatal de La Plata, donde se formaban las futuras elites. Dejó una nota en su cuaderno que decía: «Chau mierdas. Dejo un juego en la mochila. El que lo encuentra se lo queda». Romagnello sintió una profunda pena por la chica, aunque no la conociera. Le pareció una pérdida ridícula, una falla social. Alguna vez él mismo había analizado la opción del suicidio, pero siempre sintió una desconocida fuerza interior que lo arrastraba a continuar viviendo. Tal vez se tratara de un secreto anhelo, una chispa de in-

triga por conocer qué le depararía finalmente el destino. Tal era la inercia que lo había ido empujando, que fue perdiendo la capacidad de proyectar. Y en ese momento en que tenía un objetivo claro como escribir *su novela*, se sentía más bien metido en un berenjenal, tal vez más confuso y estancado que nunca.

Luego leyó la noticia de un grupo de avispas que atacaron un funeral en Santiago del Estero. Al abrir la puerta del nicho, una nube negra y zumbante se abalanzó sobre los entristecidos familiares del difunto, que quedó librado a su suerte, ya que los que llevaban el cajón del descanso final debieron soltarlo y salir corriendo. La mayoría de los asistentes resultaron heridos por las picaduras. La imagen le evocó a una vieja comedia inglesa, y se rio para sus adentros.

Otra noticia venía de Alemania, donde un enfermero habría matado cerca de noventa personas. El sujeto había admitido inyectarles fármacos letales para después revivirlos y hacerse el héroe. Y Romagnello esperaba que le cayera del cielo una historia para *su novela*. «La realidad está plagada de ficciones...», pensó.

Terminó la cerveza y cerró la notebook. Esa noche no empezaría *su novela*. Presionarse no serviría de nada. Tenía que fluir por sí misma, tomarlo por sorpresa, despojarlo de preconceptos y lanzarlo a escribir frenéticamente cuando tuviera *la idea*. Sería paciente. Sin embargo, en su inconsciente pesaba una fuerte sensación de impotencia que lo domesticaba y le bloqueaba la mente como un gran paredón pintado de cal.

Encendió de nuevo la televisión para disipar ese agrio sabor que le había dejado la imposibilidad de escribir y se enganchó un rato viendo *El señor de los anillos*. Terminó la cerveza y se durmió en el sillón. Algunas imágenes de la película se le filtraron en el sueño. De repente, se encontró caminando lentamente por una campiña en la época del Medioevo, como si hubiera viajado en el tiempo. Se dio cuenta no solo porque se encontraba dentro de uno de los paisajes de la película, sino también porque vestía con bragas, camisa, una pesada capa que lo protegía del sol y sandalias en los pies.

El paisaje era magnífico y lo envolvía una honda paz. Todo estaba bañado de un brillo incandescente de verdes, amarillos y ocre. Hacia donde mirara, una diáfana luminosidad le hacía entrecerrar los párpados.

De repente, percibió que a lo lejos alguien se acercaba a caballo. Pudo escucharlo antes de verlo. En un instante indescifrable, como solo en los sueños ocurre, el ruido del galope se recortó como una figura en el horizonte, que, en lugar de acercarse de a poco, apareció de golpe frente a él.

Era un ser extraño, verdoso, con forma de enano y detalles humanoides, con orejas largas y una cabeza desmedida. Se le figuró como un gnomo o algún tipo de personaje fantástico. Llevaba con firmeza un grueso libro bajo su brazo derecho.

—Buen día, señor —le dijo.

—Buen día, ¿qué se le ofrece? —contestó León.

—Vea, buen hombre, soy el escribiente del rey —dijo con autoridad—. He salido con este libro de actas —mien-

tras se lo mostraba — porque el rey quiere saber lo que está sucediendo en los confines de su reino. He de anotarlo todo aquí mismo, en mi libro de actas, exclamó repitiendo el gesto de mostrárselo.

—Bien, dígame a su rey que aquí no pasa nada —respondió Romagnello con voz serena.

—Me temo que no puedo escribir eso —le explicó—, si no pasa nada, yo directamente no escribo nada, pero aquí está pasando algo.

—¿Sí? Dígame qué está pasando...

—Usted parece estar queriendo ocultar información al rey, y eso es un delito de muerte —explicó solemne el insólito personaje.

—¿Qué? Yo no estoy ocultando nada —respondió Romagnello ofuscado.

—Y si no oculta nada, ¿por qué dice que acá no pasa nada? Si nada pasara, no estaríamos hablando ahora mismo, pero esta conversación está sucediendo y usted intenta cometer un grave desacato.

El gnomo empezaba a confundir a Romagnello y, en un recóndito rincón de su ser, el temor por su vida empezó a agitarse como un latido suave y punzante a la vez. Supo que debía despertarse o podría morir. A la vez, la situación se le presentaba como realidad pura, y el sueño se sostenía más allá de su voluntad.

—¡Oiga, escriba lo que se le cante! —gritó Romagnello enfurecido, mientras su cuerpo se revolvió en el sillón.

—Pero ¿usted me cree un completo irresponsable, un idiota? —El gnomo levantó el tono de voz acorde

a la furia de Romagnello—. Debo contarle al rey todo lo que está pasando, no puedo inventar cualquier cosa, ¿me entiende?

El gnomo se tomó unos segundos, respiró profundamente y continuó como pensando en voz alta.

—Perdería de inmediato mi título de escribiente y todos los honores que se me han conferido. No puedo escribir lo que se me venga en gana. Mi tarea es informar con fehacientes palabras que den cuenta de la realidad. ¿Me entiende? —Luego de un gesto reflexivo, agregó—: Ahora mismo usted se está jugando la vida tanto como yo, ante la voluntad inquebrantable de nuestra majestad el rey. —En ese momento, se despertó. La amenaza del gnomo quedó flotando en la penumbra del cuarto. Se levantó a buscar un vaso de agua, pero abrió la heladera y vio que aún quedaba una cerveza. Mientras se la tomaba, una frase seguía retumbando en su cabeza: «No puedo escribir lo que se me venga en gana». Terminó la cerveza y se echó en la cama.

La mañana siguiente olía a humedad. La ciudad parecía haber despertado de una mala noche. Sudaba cada pared, cada centímetro de asfalto, cada techo y cada ventana. Los pájaros no cantaban y nubes tan densas como humo de goma quemada ocultaban el cielo.

León se levantó temprano porque tenía que ir a su última sesión con la dentista para que terminara de ponerle un perno y una corona. Hasta ese momento nunca había sabido bien de qué se trataba esto del perno y la corona, pero lo había escuchado infinidad de veces de esa manera. No entendía bien por qué se solía nombrar en ese orden, aparentemente inalterable. Jamás escuchó a nadie decir que tuviera que hacerse corona y perno. Era como Ortega y Gasset; López y Planes o, tratándose de dos objetos, como fresco y batata, o el pancho y la coca. Pareciera que alguien había colocado las palabras en ese sitio y así habremos de repetir las por siempre. Lo indudable era que un perno no existía sin su corona y viceversa, porque evidentemente eran complementarios y necesarios, como una simbiosis.

León había perdido un diente semanas antes a manos de un maní japonés, que además de ser uno de esos atroficos inventos sabor pizza, le partió la pieza bucal sin ningún tipo de reparos. Para colmo, se encontraba en medio del ágape que su amiga Estrella había organizado para celebrar el debut de su nueva obra de teatro. León tenía pocos amigos, pero los pocos que tenía eran artistas o estaban de algún modo vinculados al mundo del arte, salvo Lito, uno de los más antiguos, que era su amigo desde la secundaria y se dedicaba a progresar en una empresa multinacional. Estrella era una de sus mejores y fieles amigas. Tenía el poder de arrastrarlo, una especie de magnetismo que le hacía imposible negarse a cualquiera de sus propuestas, por más disparatadas que fueran.

En la reunión calló el malestar y se bancó el diente roto con diplomacia, por no ser aguafiestas, pero sobre todo porque en el contexto de un debut teatral, cada signo, por mínimo que fuera, podía interpretarse como presagio o cábala; el elemento mágico que desencadenaba el éxito o la tragedia. El universo estaba dispuesto a enviar una señal para una obra que se estrenaba. Romagnello no quiso cargar, ni para bien ni para mal, con esa responsabilidad. Y si le llegara a ir mal a la obra, sería culpa de la crisis económica, de algún fenómeno paranormal o de los medios de comunicación tan funcionales al poder político. Pero no de su mal augurio, de su diente degollado por un maní japonés en medio de la tertulia. Decidió que lo mejor sería guardar silencio y consultar al dentista de inmediato.

El viaje al consultorio odontológico, de Constitución a Palermo en el colectivo 12, fue bastante denso. Las nuevas unidades con aire acondicionado eran estupendas en verano, pero asfixiantes en una mañana húmeda y pesada de otoño, cuando rebasaba de gente y las pequeñas ventanillas superiores estaban cerradas y el aire acondicionado, apagado.

Algunos pasajeros dibujaban redondeles con la mano sobre los vidrios empañados de calor humano, para ver por dónde iban y eventualmente bajarse. El aire cargado de hermetismo y el sueño de haber madrugado pesaban como una tonelada sobre Romagnello. Como si tuviera poco con ello, una picazón en el ano lo empezó a incomodar. No era una novedad. Hacía años que el malestar lo aquejaba. La piel alrededor del ano se le ponía en carne viva. Empezaba picando, pero luego se precipitaba un ardor que se iba transformando en un agudo dolor. Y al cabo de un tiempo desaparecía, tal como había venido. Desconocía los porqués del mal, y eso lo angustiaba tremendamente. Consultó infinidad de dermatólogos y médicos de todo tipo, desde homeópatas hasta chamanes y curanderas. Ninguno dio en la tecla.

En una ocasión fue al hospital Muñiz porque le dijeron que allí trabajaban los mejores especialistas. Hacía mucho tiempo de eso, cuando el ano recién empezaba a transmitir indicios de un padecimiento perpetuo. A su turno, entró al gabinete y se encontró con una doctora y cuatro estudiantes realizando sus prácticas; dos varones y dos mujeres. Estuvo a punto de mentir otro síntoma,

pero no tuvo el veloz reflejo para inventar y, al fin y al cabo, estaba allí para que le vieran el culo.

No tuvo más opción que darse la vuelta, bajarse el pantalón y el calzoncillo, y abrir las nalgas para mostrar el interior de su aquejado ano ante cinco extraños. Jamás sintió tanta vergüenza junta. Le recetaron una crema con corticoides, como tantos otros ya le habían recetado. Una vez más se fue cabizbajo, con la picazón inalterable y persistente. El ano no respondía ante ningún estímulo. La piel se volvía lлага ardiente y se reconstituía caprichosamente *motu proprio*.

Ya sentado en la sala de espera de la clínica odontológica, todavía el sueño lo envolvía en una nebulosa, y la picazón del culo le hacía adoptar extrañas posiciones. Había sacado el turno bien temprano para no llegar tarde a la oficina y tener que andar pidiendo permiso.

Un par de televisores en los extremos de la sala transmitían el mismo canal de noticias. León los observaba de reojo mientras leía *La guerra de los gimnasios*, de César Aira, una edición de tapa dura azul que publicó el diario *La Nación*, y que había encontrado el fin de semana en una tienda de saldos, a un precio regalado. Si había algo en lo que León se destacaba, era en el hallazgo de joyas literarias a precios más que accesibles.

También miraba a las jóvenes secretarías que atendían la recepción. Vestidas con uniformes de pollera tubo azul oscuro y camisa blanca que se transparentaba, dejaban adivinar a través de los corpiños la forma de los senos. Podría decirse que era un uniforme demasiado

insinuante para un contexto médico. Pero, en verdad, para León todo lo médico tenía algo de erótico y sugestivo. Tal vez era un preconcepto abonado por esas series de televisión donde los médicos tenían sexo con las enfermeras, y los pacientes se enamoraban de sus doctoras mientras se curaban, o no, porque la tragedia siempre era viable, en tanto se enfrentaban a las más extrañas enfermedades. Pero lo cierto era que para León, si una mujer estaba buena y era doctora, estaba dos veces buena. Finalmente, las atractivas secretarias se sentaron detrás de sus escritorios de la recepción, y León pudo continuar con su lectura. No duró demasiado, porque inmediatamente una noticia en la TV llamó atención. La noche anterior, San Lorenzo de Almagro se había coronado por primera vez en su historia campeón de la Copa Libertadores de América, la competencia más importante de clubes de fútbol del continente.

Con ese título, el club se sacaba un lastre de más de un siglo: ser el único equipo de los considerados *grandes* que jamás había conseguido el trofeo. Incluso, el ingenio popular había resignificado las siglas de su nombre CASLA (Club Atlético San Lorenzo de Almagro) por Club Atlético Sin Libertadores de América. Parecía una pesadilla eterna, una maldición predestinada que definitivamente había llegado a su fin.

Quien alzaba la ansiada copa en sus manos ante las cámaras, los flashes y la euforia de unos cincuenta mil fanáticos incrédulos era nada más y nada menos que el capitán del equipo, que en ese preciso momento se

coronaba también como el indiscutible ídolo máximo de la historia del club: Leandro *el Pupi* Romagnello. Su medio hermano por parte de padre.

León se quedó mirando atónito a su hermano menor. Los brazos fibrosos repletos de tatuajes agitaban el suntuoso trofeo, mientras sus compañeros lo alzaban en andas, fundidos en un abrazo que se extendía a miles de almas desparramadas en las tribunas, como ángeles de un coliseo de la gloria. El periodista que presentaba la nota hablaba de regocijo, de grandeza y heroísmo, mientras el Pupi, envuelto en ovaciones, no lograba contener las lágrimas de emoción y felicidad.

Cómo fue posible que el padre engendrara seres tan diferentes, siempre fue un gran interrogante. Un deportista mayúsculo y un don nadie amante de los libros. Con los ojos clavados en la pantalla y un remolino de emociones encontradas, porque no tenía nada en contra del hermano, León sintió un nudo en la garganta y una presión en el estómago que se propagó hasta su cerebro en forma de pensamiento claro y concreto: «Tengo que escribir esa novela, tengo que triunfar como escritor. O moriré como el hijo fallado, el sin talento, el perdedor».

Hacía bastante tiempo que no tenía contacto con el hermano. Pensó que correspondía llamar para felicitarlo, aun a sabiendas de que Leandro no esperaba nada de él, ya que sabía que no le interesaba el fútbol en lo más mínimo. El padre siempre lo dijo, como para justificar la insignificancia de su hijo mayor: «Lo suyo son los libros, es ratón de biblioteca». En aquel entonces

convivió con la nueva familia de don Romagnello, apodo que escuchaba en boca de periodistas deportivos a fines de cada temporada, cuando lo mencionaban por ser, además del padre, el representante del Pupi, y, por lo tanto, el encargado de negociar su contrato o las posibles transferencias.

Luego de la muerte de la madre, cuando era solo un niño de seis años, León vivió una larga temporada con la abuela. Como respuesta a la viudez, el padre se metió de lleno en el trabajo. Aumentó las horas dedicadas a su incipiente empresa de compra-venta de escombros, se multiplicaron los viajes por el interior del país y no le quedó tiempo para dedicar a su hijo. Así que la mamá de la mamá, que también cargaba con el agudo dolor de haber perdido a la hija, cubrió ese bache como pudo. Con mucho amor, pero con un vacío que inundaba la casa llenándola de penumbra y silencio. Era un duelo permanente y ninguno le exigía nada al otro. Se las arreglaron como pudieron. Era un implícito apoyo mutuo de dos hombros que pesaban uno más que otro. Dos almas vacuas sosteniéndose entre sí, como tristes ebrios a la salida de un bar a las tres de la mañana.

El pequeño León debió dejar su barrio de Avellaneda, donde tenía los pocos amigos de la infancia, para mudarse a la tranquila localidad suburbana de Longchamps, 29 kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Aires. En comparación con Avellaneda, que se extiende como una continuación de la capital, más allá de las truculentas aguas del Riachuelo, Longchamps era un

lugar semidespoblado. Calles de tierra, vías, amplios terraplenes, casas en construcción, ranchos dispersos que se esforzaban por ser las semillas de un futuro barrio, ofrecieron a León un buen entorno para la época más aventurera de la niñez. También significó abandonar ese departamento de la avenida Mitre, tan repleto de la presencia de la madre. Visto en perspectiva, se podría decir que aquello resultó positivo. Lo hizo más fuerte, le templó el carácter, aunque también profundizó su rasgo más taciturno y solitario.

Para cuando cumplió los doce años, su padre ya tenía una nueva familia, y él, un medio hermano de casi cuatro años. Una tarde, al volver del colegio, encontró a su padre con la abuela tomando mate en la cocina. Le resultó extraño porque el padre nunca lo visitaba sin previo aviso. Se dio cuenta de lo que sucedería antes de que se lo dijeran. El padre venía a recuperar al hijo perdido o, mejor dicho, abandonado.

León no puso objeciones, aunque le dolió dejar a la abuela en soledad. Mal que mal, se habían tenido el uno al otro para sortear la angustia cotidiana. Él se reencontraría con el padre, tendría un hermano y una madrastra, pero la abuela no tendría a nadie. Por segunda vez debía abandonar a los amigos y los lugares que habían constituido su nueva vida.

Poco tiempo después, la abuela murió en brazos de esa soledad. Tardaron varios días en hallar el cuerpo, cuando un vecino cercano advirtió la falta de movimiento en la casa y los llamó por teléfono.

A pesar del nuevo hogar con la familia del padre, León nunca volvió a experimentar la sensación primaria de ser parte de una familia. Se sentía un inquilino, un espectador de lujo de la vida familiar de otros. El padre vendió el departamento de Avellaneda y, con los frutos de su creciente empresa, pudo comprar una bonita casa en una de las zonas más residenciales del barrio de Flores, sobre la calle Membrillar, entre Francisco Bilbao y Gregorio de Laferrere. Era una casa de dos plantas, entonada en un verde opaco con hermosas terminaciones caoba en puertas y ventanas. La calle empedrada acobardaba el tráfico de vehículos, generando una paz inusitada en la cuadra.

Nadie imaginaría que en el futuro tantas paredes aleañas y hasta los confines del barrio se pintarían con el retrato del hermano menor, el ídolo del club más representativo de esa zona de la ciudad.

León logró habitar sus espacios pasando casi desapercibido, lo cual facilitó una sana convivencia, y la familia del padre se adaptó a su sigilosa presencia sin problemas.

Aún recuerda los árboles altísimos custodiando la calle a ambos flancos del empedrado, que alfombraban las veredas de hojas amarillentas durante el otoño. En aquellos días el ruido crujiente de sus pisadas, mientras iba y venía de la escuela, era como una música triste, pero buena compañía. Como más adelante lo serían los discos de Bill Evans, Chet Baker, Thelonius Monk o Louis Armstrong.

